

DIEZ AÑOS

Diez años no pasan en vano. Aunque hoy día el clima que se respira difiere sustancialmente de lo que existía hace una década, no por eso resulta menos válido recordar y tener presente por qué y cómo llegamos al régimen actual.

En efecto, la crisis política, económica y cultural en que estuvo sumido el país entero como consecuencia del Gobierno de la Unidad Popular, exigió por parte de una enorme mayoría ciudadana, la intervención dramática de las Fuerzas Armadas para alterar definitivamente el curso de los acontecimientos. Tal acción no puede ser preterida simplemente por el paso del tiempo, puesto que ello impide entender la situación posterior. Es menester pues rescatar de nuestros recuerdos el hondo significado de ese pronunciamiento militar y darle el valor real que merece. No se puede olvidar que por ese acto se evitó que el país cayera en el pozo profundo y sin salida del marxismo.

Fruto de él es que surgió entonces, con fuerza desbordante, la urgente necesidad por darle al país una institucionalidad sólida y justa, que garantizara la conformación de un sistema democrático verdaderamente estable. La Declaración de Principios que muy pronto emitió el nuevo Gobierno situará el marco humanista y cristiano que va a imprimir a su gestión, dentro de un contexto que evoca nuestras mejores tradiciones culturales.

El afán institucionalizador se proyectará luego hacia todos los campos de la vida nacional, procurando, a través de un conjunto de modernizaciones, un rápido progreso que intentará sacar al país de una postración anacrónica inaceptable. Ello se verá coronado con la aprobación de una nueva

Carta Política, documento jurídico que refuerza una sólida base de sustentación para el futuro del país que se quiere afianzar.

Todo ello va ocurriendo en un contexto internacional adverso, que no comprende ni acepta fácilmente el derrocamiento de un régimen marxista, negando por ello al Gobierno de Chile, la sal y el agua. No obstante lo anterior, existe progreso económico, social, educativo, laboral, etc., en términos tales que los chilenos experimentan en el periodo una notoria mejoría en su calidad de vida. Especialmente a partir de 1976, se producirá un sostenido avance económico que se verá interrumpido más adelante por la crisis internacional. Es durante estos años cuando las actividades del Estado se reorientan para actuar subsidiariamente, que crece el gasto social aumentando la igualdad de oportunidades.

Lo anterior, tan cierto como inobjetable, tiene lugar simultánea y lamentablemente con otras actuaciones distantes del espíritu del pronunciamiento y que probablemente resultan difíciles de explicar. Exceso de ciertos organismos de seguridad, limitaciones a ciertas libertades públicas —por mencionar algunos hechos— configuran por momentos un ambiente de temor y de inseguridad personal que resulta ser muy inconveniente, tanto para la misión como para la imagen del Gobierno. Si bien en muchos casos, ellos aparecen como parte de una dinámica que escapa al control del régimen. No siempre el Gobierno reacciona a tiempo y, mirado retrospectivamente, resulta pensable la hipótesis de que no todos los resguardos se adoptaron oportunamente. Sin embargo, tales situaciones, en último término, no son queridas ni toleradas por

el régimen, el que procura, dentro de sus propias limitaciones también humanas, salir adelante en búsqueda de la mayor justicia.

Sucedará también que luego el país —como la mayoría de América Latina— se verá afectado por una recesión económica internacional, que no será asumida —en su tiempo— de modo compatible con su magnitud. Esta empieza a desarrollarse en el momento que corresponde iniciar la transición hacia la normalidad democrática, proceso que se mantendrá congelado más allá de lo prudente, agravando así el panorama

Por todos es conocida la mencionada crisis económica que se inicia a fines de 1981, y aquella de carácter político que estalla finalmente este año. De igual modo, resulta manifiesto el afán permanente del Gobierno —aunque en ocasiones tardío— de enfrentar tales crisis. Sin embargo, en el ánimo presente de numerosos sectores de opinión, al intentar un juicio acerca de lo que han sido estos diez años, la envergadura de nuestros problemas actuales conduce a la formulación de críticas lapidarias y muy simplificadoras, de carácter global, que desdibujan la verdadera realidad de lo que ha sido este régimen.

No cabe lugar a dudas que en la perspectiva del historiador futuro, se decantará con la objetividad necesaria la verdadera dimensión de los hechos que han tenido lugar durante el referido periodo. Aparecerá, con certeza, lo mucho que se ha hecho por Chile durante este período, como también los errores, los equívocos y las frustraciones, no todos de pequeña monta, que también han existido. Se podrá apreciar, sólo entonces, sin pasión o prejuicios, la valiosa labor del régimen de las Fuerzas Armadas y de su conductor, el Presidente Pinochet.

Entretanto, la sensatez aconseja serenar los espíritus. No sea que los árboles impidan ver el bosque y, por ello, se empiece a descomponer la posibilidad de tener un país en serio. Es la hora, en cambio, de proyectar hacia las nuevas generaciones lo que hemos captado en este duro tiempo que nos ha

“Diez años de éxitos y fracasos, personales y colectivos, son suficientes para madurar responsablemente, más allá de emotividades temporales, la convicción de que a Chile no le son suficientes meras ‘salidas’ a sus problemas, sino que requiere de verdaderas ‘soluciones’ de fondo...”

tocado vivir, durante el cual se han comprobado la necesidad y el fruto de acrecentar nuestro acervo intelectual, nuestro espíritu solidario y la exigencia de conectarnos al mundo contemporáneo sin temores ni provincialismos.

Diez años de éxitos y fracasos, personales y colectivos, son suficientes para madurar responsablemente, más allá de emotividades temporales, la convicción de que al Chile de hoy no le son suficientes meras “salidas” a sus problemas, al modo de los viejos políticos de antaño que tan penoso espectáculo han brindado mayoritariamente estas últimas semanas, al reaparecer en el primer plano de la actualidad nacional. El país requiere de verdaderas “soluciones”, las que exigen principios firmes y claros, capaces de sobreponerse a los vientos de cada ola y a la repartija de prebendas entre los sectores con mayor poder de presión. Y, además, ellas requieren de una seriedad en los diagnósticos y en el análisis de las opciones, para lo cual el país cuenta hoy con contingentes humanos, de mucho mayor calidad que los prevalecientes en nuestra vida pública hasta 1973. He ahí, quizás, el mayor mérito de esta década y el más fundado motivo para augurar que seremos capaces de sortear la dura crisis que vivimos y proyectarnos hacia adelante con más vigor y solidez que en cualquier instante de nuestro pasado mediato. ♦